
LOS PANECILLOS DE SAN ANTON

Fortuna que el Santo fué ermitaño, de aquellos que se alimentaban con yerbas, y que acaso en el año 228, si se comia pan, no estaria en boga la homeopatía, y de consiguiente no habria libretas y panecillos. Y, vive Dios, que á no ser por eso dirian los lectores, que no contento yo con las vueltas que hice dar á San Anton en el otro artículo, aún pensaba en este inspeccionarle la comida, empezando por los panecillos. Pero afortunadamente no es así, y yá que mis deseos y la curiosidad de Vds. nos han traído á este punto, voy á decirles, sin rodeos, lo que tuve á bien callar en el artículo anterior. Así verá el lector que yo no soy de esos que dicen todo lo que saben de una vez, y si el principio de la sabiduría es saber callar, y yo me pinto solo para tener ejército de reserva en mis conversaciones y en

mis escritos, claro es que de ahí.... de ahí podría resultar, alambicando mucho la idea, que yo era un sábio; pero mi modestia no me permite sacar un cargo tan extrambótico.

Dije yá que la carrera de los animalitos, ó el local de sus carreras, era en la calle de Hortaleza; y no pude hablar de los festejos del vecindario (racional) por no mezclar las clases, porque habiendo probado cuanto decia con documentos originales, queria hacer lo mismo con las fiestas y demás accesorios del dia 17 de Enero, nombrando al ménos las personas que habian de formar la comision de los festejos; pero despues he sabido, con gran sorpresa por cierto, que este grave y lucrativo asunto se habia escapado á la alta penetracion de los cuadrúpedos de escalera abajo. No les faltó razon á los comisarios de esa fiesta para obrar así, porque las cosas, como dicen las viejas, han de salir de adentro, y cuando las casas de Madrid se cuelgan é iluminan, porque el alcalde constitucional lo manda, pena de multa, no tiene gracia ni hay busílis; esas cosas deben ser espontáneas, y así lo es el adorno que se hace el dia de San Anton de todos los portales de la calle de Hortaleza. Nada previene, como Vds. verian, el bando borrical que insertamos en el número anterior, sobre colgaduras é iluminacion; nada dice tampoco acerca de esos monumentos, no de *vino* y *leche*, sino de agua y harina, que á docenas se ven por los alrededores de la citada calle: y sin embargo, ámbas cosas están previstas por los hombres, de quienes se podrá decir (si el impresor no se

come la *S* de *los*) que hacen la corte á los burros como si necesitasen de ellos para atender á su manutencion. Y así es en efecto. ¿Qué sería de los bolleros si no pudiesen vender *panecillos del Santo* el dia de San Anton, *panecillos del Santo* el dia de San Ildefonso, y *panecillos del Santo* el dia de San Blas? ¿Y en qué vendrian á parar los turronez que sobraron de Noche-buena, si (por medio de una fusion ligera) no se pudiesen convertir en bollos pequeños, que se bautizan en un *santiamen* con el nombre de *panecillos*? Preciso es dar salida á todo; pero no hay razon para que el mazapan, que no pudo excitar el apetito de los golosos en los dias de Pascua, se escape de la metamórfosis ordinaria que sufren los alimentos en la ceremonia solemne, por más que sea cotidiana, llamada *digestion*.

Los *panecillos del Santo*, escitan el charlatanismo, como las ostras el vino, como los buñuelos el aguardiente, como las sardinas el agua.... como las digresiones el sueño; los diarios de avisos vienen llenos de anuncios, á cual más pomposos y retumbantes: «En la confitería de.... dice uno, se despachan los *panecillos* de mazapan y coco-mejores que se han comido desde que Adan pecó.» El otro dice: «En mi casa se venden unos *panecillos* de mostachon, tan ricos, que el Santo (si fuera posible preguntar á San Antonio Abad lo qué era mostachon, no lo sabria) los ha probado desde la region celeste y ha dicho, *non plus ultra*.» Á ese tenor son todos los anuncios que los confiteros españoles, que llaman charlatanes á los estrangeros, emplean para

dar salida al género sobrante de Navidad. Los bollereros ambulantes, ó gente de todos sexos, que se dan á la fabricacion de los panecillos, fijan sus reales en la calle de Hortaleza, se estienden tambien por la de la Montera, hasta la Puerta del Sol lo más, y allí pregonan á su sabor, *los legítimos del Santo*, los de *limon y canela, qué ricos*; y los *del Santo Bendito*. Los portales de la calle principal están adornados de colchas, con manchas y todo si es posible, y bajo tales pabellones se ostentan las mesas de los panecilleros, que tienen buen cuidado de iluminarlos de noche. Los cuadrúpedos siguen impávidos su funcion, sin curarse de las diversiones del pueblo, que sin respeto á bandos ni á coces se mezcla con los actores de la broma, hasta quedar todos.... completamente confundidos. Amargo y muy amargo es para mí confesar semejante verdad; pero no hay remedio; callé esta circunstancia en el número anterior; omití esa franqueza de mis compañeros, los racionales, por ver si se les iba quitando, cuando entrasen en años.... pero nada. Este de 1844 he visto invadir la calle de Hortaleza, saliendo á recibir las cuadrillas de burros que iban y venian de ver al Santo.... sacerdote, que les daba los panecillos: y he presenciado (la verdad sobre todo) la prudencia de los animalitos, que suspendian la carrera para no atropellar á las personas. Y está visto que hablando de esa función, no se puede citar á los unos sin hacer mencion de los otros; por eso me vuelvo á mi burro, no cometa algun nuevo disparate, y digan que me apeo por las orejas: cosa que

en otro cualquier dia estaba expiado con una silba, pero en éste justamente, en que si hay un burro sin lazos, será por no tener orejas donde llevarlos, sería una profanacion.

Sin que yo sepa la causa, ni es del caso tampoco, San Antonio Abad (a) Anton, es protector de todos los cuadrúpedos, incluso el animal de cuya carne se hace el tocino; y hablando con esta pulcritud metafórica no se necesita decir *con perdon de Vd....* salvedad indispensable al reunir la C, la E, la R, la D y la O, para decir *Cerdo*. Todos los dueños de caballos, mulas ó burros, desde el alquilador más miserable hasta el más opulento señor, engalanan sus bichos con cintas en las orejas y lazos en las colas, y se van tan ufanos á dar vueltas por Madrid, entrando despues en la carrera, y visitando, al exterior, la iglesia de San Antonio Abad. Á nadie le gusta que su animalillo se muera de torozon ni de muermo, y estas enfermedades y muchas más se alejan, por lo ménos, con unos panecillos de cebada, que bendice un sacerdote, y que además lleva el busto del santo en el anverso y una cruz en el reverso. Llegan á la reja, construida de intento en la Escuela Pia de San Antonio Abad, entregan allí un celemin ó dos de cebada, reciben en cambio una centésima parte de panecillos, ó la misma cebada, sin dar limosna, en plata, por ella, y vueltos á sus casas, reparten la cebada bendita, á panecillo por barba, ó por pesebre, que tanto dá, si están llenas todas las plazas de la cuadra, y hay tantos panecillos como cabezas.

De los panecillos de San Ildefonso ni de los de San Blas, nada podemos decir, por dos razones: primera, porque no cumple al epígrafe de este artículo, y segunda, porque la inconsecuencia y la apostasía, es moneda muy corriente hoy, y no queremos perder el tiempo, apostrofando á las cosas inanimadas. Las de carne, hueso y alma se reirian de nuestro sermón para que hagan caso los panecillos. Digo esto, porque *mutandas, mutandas*, que dijo el célebre Mendizábal, y aún sin mudar de camisa siquiera se pasan á San Blas los panecillos, que estuvieron al servicio de San Anton, ó mejor dicho, de los aficionados á la golosina: azucaraditos y tiernos se presentaron al público con el uniforme de San Anton, y nadie los quiso; natural es que se pasen á San Ildefonso ó á San Blas, hasta encontrar quien los quiera. En política viene á suceder lo mismo con los camaleones; cuando no figuran con blancos, ni con negros, forman un partido sin color donde vayan á pasar los rezagados de todos los partidos.

Por carambola protege San Anton las casas de Beneficencia, y para ello se rifan dos animalitos de aquellos que ántes no queríamos nombrar; dos cerdos, con perdon de Vds., expónense al público, en la calle de Toledo el uno y en la Puerta del Sol el otro; véndense á cuatro cuartos las cédulas, y al cabo de dos meses se rifan, y al que le toca el lechon, si no le bendice San Anton, se lleva á su casa una res de 32 arrobas, y si le bendice, de 38.

Tambien se puede considerar el dia 17 de Enero como inauguracion del Carnaval, y los chicos

empiezan desde ese día á poner mazas á todo el mundo.

«Porque en tiempo de pega,
que todo pasa,
hasta los alguaciles
llevan la maza.»

Desde ese día hasta el Miércoles de Ceniza, pueden escusarse los servicios del cepillo, en la ropa, porque á lo mejor se oye en la calle, el *saca la maza.... que la lleva.... el borriquito*, señal cierta de que lleva el vitoreado un burro de yeso en la espalda ó un rabo de papel prendido en los faldones de la levita.

Pero nos dá vergüenza saludar tan pronto al Carnaval, y aunque no pensamos pasarnos la mano por la cara, esperamos ponernos una careta, y entónces.... entónces sí que hablaremos largo y tendido.... ¡Qué cosas! qué cosas voy á decir á Vds. cuando no sepan que soy

ANTONIO FLORES.

... el tiempo en el que se publica...

EL CARNIVAL DE MADRID

... Desde los días hasta el día...

EL CARNAVAL DE MADRID

Geniales ante quadragenarium
jejunium dies.

No tengo yo por buena señal empezar mis artículos en latín, pero creo que es preciso empezarlos de algún modo, puesto que es preciso escribirlos: y para que la virtud se encuentre en el medio, es indispensable que haya extremos, sean ó nó viciosos; pues sobre ese punto mucho pudiera decirse, si fuera preciso decir algo, ó no se pudiera dejar para mejor ocasión; *et sic factum....* y como lo pensó lo dijo, y como lo dijo.... etc.

El Carnaval no tiene nada que echar en cara á la Cuaresma: primero, porque esta es un perfil de bacalao sin cara, y segundo, porque tan gastrónomos son los que se atracan de truchas en Semana Santa, como los que tragando lengua de vaca y jamon, mueren de apoplegía en Carnestolendas. Y yo tengo para mí que los ayunos de la Cua-

resma, como consecuencia gastronómica del Carnaval, no pasan de ser una regla higiénica tanto más útil al penitente bromista, cuanto mayor sea la necesidad que tenga de dieta y menor hubiese sido su abstinencia en la temporada de la careta. Pero dieta y abstinencia son palabras que no se hallan bien en este artículo y quedan excluidas sin apelación de cesantes ni viudas pobres. Muchas gentes se incomodan cuando oyen decir que no hay dinero y quisieran saber de dónde sale el que se gasta en esos días; á mí no me gusta lo primero porque todas las realidades me amargan; pero tengo bastante con saber que se gasta sin cuidarme de lo demás. Nosotros vamos á gastar unas cuantas líneas en decir unas cuantas cosas del Carnaval, y para no extraviar con digresiones pesadas la buena fé de los lectores, aquí termina el prólogo diciendo:

QUITÉMONOS LA CARETA.

No dejará de parecer extravagancia quitarse la careta cuando todos se la ponen, esto es, cuando empieza el Carnaval. Sin embargo, nada hay de gustos escrito, y cuando uno hace una cosa, estudiada se la tiene:

«Medio mundo se rie
del otro medio,
y yo sola me rio
del mundo entero.»

Ahora que todos se disfrazan y se cubren y se enmascaran, y hacen estudio de hablar en falsete, nos conviene á nosotros salir al mundo tal cual somos, si no tal cual nacimos (por la honestidad y los sastres). Hablar clarito, dejarnos *embromar* por las chicas bonitas, decir un *desengaño* (1) á las viejecitas adobadas y empezar la historia desde el día de San Anton.

Lo primero que hacen los aficionados al Carnaval es tomarle la filiacion hojeando el calendario para ver si cae *alto ó bajo*; si por la talla resulta liliputiense, es señal de vida corta y conviene aprovechar los momentos ántes que el Miércoles de Ceniza nos enseñe el rostro escuálido de la penitente quintañona; si se halla en el segundo caso da esperanzas de mucha vida, y no hay tanta prisa. En ambos extremos se toma San Anton la molestia de romper el baile, y desde el 17 de Enero se sabe quién es el empresario de Villahermosa; el número de bujías (con b y con sebo) que habrá en el salon; se dice quién escribe las letras para los coros; se afirma que ni hay unas ni otros y se abren los almacenes de trajes. El *Genio*, *la Union*, *Cervantes*, *Euterpe*, *Terpsicore* y el *Instituto* son los primeros salones (ó salitas) que abren sus puertas al bullicioso enjambre de aficionados, que ansiando romper zapatos y deshacer callos agenos, en el campo de los *pinreles*, se lanzan al baile con más entusiasmo que frac;

(1) Desvergüenza que llaman los peritos.

pues como suelen decir los programas de *Terpsícore*, se admiten, en los bailes sérios, levitas cortas y gabanes ceñidos por usarse en París y Londres.... (Para abrigarse, tal vez, ni más ni menos que en Madrid.)

Aún no es tiempo, sin embargo, de que el movimiento carnavalesco se haga sentir en los despachos de guantes ni en los gabinetes del peluquero; ¿para qué han de estar abiertas las guanterías, cuando los Genios y las Euterpes admiten manos desnudas, ó con guante súcio todo lo demás? Chasco sería que el *paquetito* de Cervantes (suple salon) se gastase dos reales en el tocador, cuando con ese dinero compra un cartucho de papel amarillo, capaz de seducir, no por los caramelos, sino por la cinta azul, á la modistuela más descarada de las más *raidas* que asisten á esos bailes. El entusiasmo verdadero, el lejitimo interés de la carreta, no tiene origen divino; pero raro es el año en que la inspiracion no baja del cielo, en forma de lluvia más ó menos fuerte; en esa época tienen los alquiladores de coches una de sus mejores cosechas, y se dice que hacen rogativas para que llueva mucho:

Así la diversion del Carnaval
está en razon inversa al temporal.

Cuando el cielo se cubre la cara con las nubes más negras, de las muy oscuras que tiene á su disposicion, y nos baña el rostro con el agua que

destila de su careta, nosotros echamos mano á las nuestras, y las llevamos á la cara, siquiera para librarnos de la humedad atmosférica.

Las máscaras han perdido una gran parte de la animacion que tenian hace algunos años, y sin embargo, no se conoce la causa de esta decadencia. El entusiasmo con que fueron inauguradas en los salones de Santa Catalina y los teatros fué en aumento con los magníficos salones que se le ofrecieron en Oriente y Villa-hermosa. Entónces se hacía notablemente risible la persona que se presentaba en estos bailes con la cara descubierta; y ahora, excepto una parte de nuestras hermosas que lo llevan á medio cubrir, se avergüenza cualquiera de cumplir con el nombre de la funcion á que concurre. Repetimos, que ni aún conociendo que las máscaras están sujetas como todo al capricho de la moda, no podemos atinar los motivos de un cambio tan desgraciado.

La costumbre tan general que impide á los hombres usar los birretes, los bombachos, las trusas, las fajas de marinero, las chinelitas de moro y otras ridiculeces por el estilo, nos parece muy acertada; pero que nuestras lindas madrileñas se muestren tan desdeñosas con el Carnaval es cosa que no podemos sufrir á fuer de aficionados que somos á escuchar sus secretos con toda la libertad que las concede la careta. ¿Habria cosa más agradable que estar nosotros con la cara descubierta explotando la ocasion de cambiar los papeles con el sexo bonito para escuchar á través de los tafetanes

lo que sin ellos no nos hubiesen revelado jamás? Pero para ellas debe ser de más importancia el estado de nuestra salud puesto que es la única pregunta que hacen cuando están disfrazadas.

El pueblo bajo tiene fija la vista en el bando municipal que permite disfrazarse los tres días de Carnestolendas, y prohíbe usar distintivos militares, hábitos de religiosos... y casi todo lo que no sea un *mamarracho de capricho*. Yo he llegado á creer si esa prohibición tendría por objeto favorecer las artes y la moda, desarrollando los ingenios; pero la experiencia me ha convencido de lo contrario, y si tal fué la intención de los concejales, sus esperanzas se han convertido en pelucas de estopa, en jorobas de lana, en sombreros de estera, en abanicos de esparto y en blondas de papel. Todos los años predomina un mismo traje en los hombres, y otro en las mujeres; los primeros todos son sectarios de Mahoma, con bombacho; las segundas todas visten de valencianas, y así se forma una pareja moruna que dá gozo. Ya se ve, es tan fácil hacer unos pantalones anchos de unas mangas viejas, aunque estén sucias! y cuesta tan poco, teniendo tohallas y pañuelos de seda, formar un lio que haga las veces de turbante, buscar un chaleco de pana, y una faja de seda, que sólo falta salir á la calle diciendo: *baxaral esalip el mokadda, men adaina nejena y alajena...* para tener un moro hecho y derecho, aunque sea *pati-estevado* el mocito que se disfraza, porque las enaguas lo cubren todo.

La mayor parte se disfrazan para sí mismos di-

virtiéndose ellos solos; en este caso están los que se visten de viejos, ó de *señores*, ó vice-versa; y así ni más ni ménos sucede con los que cambian el sexo, vistiendo faldas por pantalones y frac por corpiño.

Si los gaditanos hubiesen podido olvidar el movimiento de su país, en los tres años y la próroga que disfrutaron de esa concepcion, les haríamos venir á Madrid, en los últimos dias del Carnaval, primeros del movimiento carnavalesco. Los dejaríamos estar en su pátria echando los *años* y los *estrechos* el Juéves de *compadres* y el de *comadres*; permitiéndoles que regalasen dulces á sus comadres. Aquí no rigen esas costumbres y no hay nada que ver hasta el último Juéves de Carnestolendas, conocido con el nombre de *Juéves gordo*. Los prosélitos de la careta, se declaran desde ese dia en estado excepcional, cada casa es una prendería; cada mujer una costurera; cada hombre un pintor de figurines. Todos son víctimas y verdugos; todos prestan trajes y piden trajes; unos los devuelven estropeados; otros los usan hasta estropearlos. Pero esa revolucion *hebráica*, ese afan de ser judíos cambiantes, todos á la vez, es exclusivo de la clase media; ella sola conoce ese prólogo de la diversion, ella sola se ocupa con 48 horas de anticipacion del traje que ha de lucir (la intencion es tal por lo ménos) siete horas cuando mucho. Los goces son hijos de las necesidades satisfechas; pero mueren en el momento de vislumbrar otra necesidad mayor como el gusano de seda cuando sale del capullo, y deja un embrion que ha de pasar por la misma metamórfosis, y ha

de perecer apenas llegue á la suprema felicidad. La glória es tanto más cara cuanto más áspero es el camino que á ella nos conduce. Por ser ésta una verdad de á 24, y por parecerme mucha filosofía para darla de una vez, concluyo diciendo: que los que salen del teatro á las doce pensando si irán ó no á las máscaras, que á las dos se deciden y entran en el baile á las dos y cuarto, no saben lo que es ir de máscaras, ni sacan partido de la diversion. Las bromas, yá se sabe, pesadas ó no darlas: el baile de máscaras tiene sus trámites, y son como sigue:

Cuatro dias de preparativos son suficientes para pensar si ha de ir ó no, para discutir el traje que se ha de llevar, para ver á quién se le ha de pedir, para discurrir quién le querrá prestar, ó para formar un círculo de prestamistas heterogéneos que completen el traje en cuestion. Que vá la chica de beata (fea sin más informacion);—pues yá está corriente, dice la madre; doña Basilisa tiene un rosario de huesos de aceituna engarzado en plata con un crucifijo de palo santo, que te llegará á la rodilla; la digo que es para una funcion de iglesia y nos le da al momento; de otro modo imposible.—Pero y la toca!—Como que me apuro yo por eso!... doña Rosita tiene unos pañuelos de batista con encaje, riquísimos; la pido uno como muestra, para que tú hagas otros iguales, y estamos despachadas. Lo demás ya está dicho; la señora del piso principal se ha quitado el luto hace unos dias, y con su basquiña... (no te quejarás que es merino muy bueno) te haces las sayas.

Si á la niña le cumple ir de valenciana, ya es

más serio el lance; porque la mamá bien sabe dónde hay aderezos, pero no sabe quién se los querrá prestar. Sin embargo, ella se ingenia diciendo á todas sus amigas, si saben de alguna señora que quiera vender algun aderezo antiguo, porque tiene encargo de un collar y unas arracadas; así consigue tenerlas unos dias en su poder, las luce su hija, y si no las pierde, las devuelve luégo diciendo que no gustan porque son de poco valor.

No sirve ser antipático con el Carnaval para librarse de esos compromisos; ni hay otro medio para defender cada cual su ropa de la metamórfosis que la amenaza, que negarse definitivamente; pero con política.—Hombre, Vd. tenía unos botines de majo.—Sí, pero los dí.—Me hará Vd. el favor de la manta.—Cuánto lo siento, pero me la robaron... Y si piden el frac, que tienen á la vista, se contesta que está empeñado, y que se usa bajo fianza. Esto es inverosímil, pero llena el objeto.

EMBROMAR

En otra época cualquiera del año, no me daría cuidado que mis lectores ignorasen el significado de la palabra *broma*; que segun el Diccionario de la Lengua quiere decir «cosa pesada;» pero en los dias del Carnaval sería una falta imperdonable, y los

que, por desgracia, la hemos aprendido prácticamente, tenemos un deber en separar al prójimo de semejante calamidad. Entro, de buenas á primeras, aconsejando que si no pueden Vds. resistir á la diabólica tentacion de los bailes de máscaras, no hagan caso alguno de las disfrazadas hermosuras que con el mayor misterio, y como si fuese la cosa más árdua del mundo conocer á uno.... cuando lleva la cara descubierta, le dicen:—Adios, fulano, ya te conozco. —Muchas hay que suelen relatar á renglon seguido los nombres de nuestra parentela, y se retiran tan ufanas diciendo:—Cómo le he embromado!!!—Diálogos graciosos dicen que se originan con ese motivo, y por ese mismo método, pero yo, que he presenciado muchas *bromas* en los bailes de máscaras, estoy convencido de que lo mejor y más sano, para evitar 99 sandeces, es contestar á la primera con un *desengaño* (véase la nota núm. 1) y para que no se diga que hablamos de memoria, allá va uno de los lances más *bromosos* que suelen ocurrir diariamente.

—Adios hombre, cómo estás?—Bueno.—Tú, ya se sabe, tan divertido.—Sí.—No me conoces.—No.—Pues yo conozco á tu familia.—Ola!—Y soy visita de tu casa.—Me alegro, abur.—Ven acá, no te atufes; sé muchas cosas de tí.—Pues dílas.—Hace mucho que no vas al Prado?—Sí.—Pues te veo allí todos los dias.—Sea enhorabuena; (*ap.*) españolada neta.—Qué dices?—Nada, que tienes toda la viveza de tu madre, y mucha chispa para dar broma.—Es mi fuerte; pero no tengo mamá.—Eres inclusera! me gusta.—Y tu amigo?—Bueno.—Sois insepara-

bles, siempre juntos, donde va el uno va el otro, no sabeis estar separados.—Por explotar tus sinónimos.—Pero chico! (aquí va entrando la familiaridad) sabes lo que digo?—No, ni tú tampoco.—Que eres muy torpe; no me conoces; vaya, te voy á dar una seña: todos los dias estoy en el Prado.—Vendiendo flores, eh? adiós Mariquita.—Anda, bruto.—Adios, prenda, y endoso.

Esto último es suficiente para que se pongan serias cuando se quitan la careta; y á fé que si el estimulante no fuera tan soporífero, se pudiera uno alegrar de los efectos. Hay, sin embargo, algunas bromas más divertidas, que consisten en hablar á un sugeto, á quien se vé por primera vez, y esto se llama «bromear por endoso.» El prólogo de estos *divertimientos*, pasa entre dos máscaras, hembras, que con el mayor misterio posible se retiran á un extremo del salon:—Mira, me vas á hacer un gran favor, dice la *una* á la *otra*.—Dí, contesta la *otra* á la *una*.—Tengo mucho interés en embromar á un amigo que está en aquella mesa (*y señala*) cenando.—Déjalo estar; corre de mi cuenta; y se dirige tan ufana á dar la broma.—Pero si no sabes cómo se llama, qué le vas á decir?—No faltará.—(Aquí es preciso que bajen la voz para que los lectores no pierdan la ilusion del diálogo, que tiene la máscara con el que está cenando; y es como sigue:)

—Adios, fulano.—Adios máscara.—Tú siempre cenando.—Méenos á las horas de almorzar, de comer... y otras diversiones que tengo con las chicas bonitas.—Siempre tan galante; dí, cómo tienes á tu esposa?

—De parto.—Y te vienes al baile!—Sí; yo estoy bueno.—Hace mucho tiempo que no ves á mi amiga?—Desde la otra noche que os encontrásteis las dos en mi casa.—Embustero!—Quieres cenar?—Gracias; es temprano.—Verdad es; (*ap.*) por eso te lo digo.—Si supieras lo que he sabido de tí!—Sí, eh!—Quieres que te lo diga?—Estoy cenando.—Anda, grosero.—No soy curioso.—Sé toda tu vida y milagros.—La segunda parte, no la creo: la primera la sé de memoria.—Mira, tienes dos hermanas, y ayer estuvieron en el Prado; tú vas mucho al teatro, y paseas cierta calle.—No sabes más?—Como tienes tantos trapicheos! tengo ofrecido un rigodon, y voy á bailar; pero vuelvo á seguirte embromando.—Con que me estaba dando broma!... pues sigue, hija mia, sigue, así como así, el mozo tarda mucho de un plato á otro.—Ola, te va picando la curiosidad?—Sí, mucho; sobre todo lo de saber que tengo mujer y hermanas.—Pues sé muchas cosas más; sé dónde vives, que fumas mucho, y siempre habano.—Ah! me alegre encontrarte.—No, no me conoces.—El último tabaco que me llevastes era holandés legítimo, y sabia á espliego.—Tengo yo trazas de vender tabaco?—No tal; pero como el dinero que yo te dí por los cigarros, es moneda corriente en los almacenes de trages, creí.—Pues te has engañado. La jóven se amostaza, busca á su amiga y la dice:—Chica, ese hombre es un grosero, me ha equivocado delante de todos con una cigarrera; perolehedado una broma que yá! se volvia loco y queria disimular su turbacion cenando; buena píldora tiene en el cuerpo.

Bromas más inocentes que las que acabamos de referir, y no digan Vds. que es imposible, suelen inquietar á más de cuatro hombres tontos (*vide cándidos*) de esos que el vulgo llama *primos*, y que efectivamente tienen ese parentesco con todas las mujeres que quieren apagar el hambre cenando, ó dar una prueba de sus simpatías con el galán que las acompaña, llevando un cartucho de dulces al brazo. En cuanto á los pocos hombres que se disfrazan hoy día para dar broma á sus semejantes masculinos, nada puedo decir. De un hombre que embroma á otro hombre, qué se puede esperar!...

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

Memento homo quia pulvis....

Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir: palabras son éstas, que sin el eco grave con que suelen ser pronunciadas, infunden en el corazón más escéptico un pavor grande que crea remordimientos hasta de las cosas más sencillas; voz terrible, eco fatídico, fórmula breve pero universal que alcanza á toda clase de personas, y es acaso el primer sonido de la trompeta funeral.

Memento homo.... Acuérdate, mujer, que no redi-

miste los años cuando pagaste el colorete, y que cuando te quites la careta han de salir á luz pública tus arrugas y se ha de conocer todo el artificio del retablo! Acuérdate tambien que el agua de Vé-nus no dice *á prueba de sudores*, y no olvides que tu rostro es yá una pura argamasa! Mira que ese hombre no está tan hambriento de besos que se atreva á darlos en un tabique!

Memento homo.... Acuérdate, elegante, que el sastre quedó en volver mañana á tu casa y que no le servirá que luzcas el frac, si gastas lo que le debes en una cena! Acuérdate, pobre anciano, de tus botas de hule y de tus dolores reumáticos y no te la des aquí de mozalvete, pensando engañar á quien de fijo te ha engañado yá á estas horas! Vén acá tú, miserable regidorzuelo, y espera que amanezca, porque si sales á la calle, te estamparás los sesos contra esos edificios movilizadlos que diariamente dejais fabricar en los sitios más públicos de la capital! Créeme y no salgas, que los faroles del alumbrado se apagaron á la una, y el astro de la noche no ha tenido por conveniente remediar vuestro abandono!

Acuérdate, miserable pretendiente, que si te colocan hoy te dejarán cesante mañana, y saca la mano del bolsillo si pensabas, como creo, gastar tu dinero en comprar dulces á la familia del ministro! Acordaos tambien vosotros....; pero me acuerdo yo que mi mision no ha cambiado por la llegada de la Cúaresma, y dejo este tono *fatídico* que tan mal contrasta con las diversiones del dia.

Memento homo.... Acordaos, lectores, que hoy es Miércoles de Ceniza, y que el populachó ha escogido este dia para celebrar una de sus más solemnes bacanales, y no extrañeis que abandone mi comenzado sermon siguiendo á mis protagonistas en su impropia cuanto anti-religiosa diversion.

Una gran parte del pueblo madrileño, que ha visto amanecer el Miércoles de Ceniza bailando y que se retira á su casa, ó á la del vecino, pues estos son dias de mesa y cama redonda, se envuelve alegre en sus disparatados disfraces y se dirige á las orillas del canal á representar esa gran funcion conocida con el nombre de: *Entierro de la sardina*. No hay papeletas de convite ni nadie sabe dónde se despide el duelo; pero el cortejo fúnebre se reune en el Prado, que se halla invadido de gente; la mitad con su rostro libre á reirse de la otra mitad que con la cara cubierta está animada de la misma intencion que su contraria. Aún sigue el ¿«me conoces? yá te conozco» y las bromas que salen á través de las esteras son como muchas de las que se oyeron en la noche anterior entre el crugido de los tafetanes y los terciopelos. Marcha por fin la procesion, y en la pradera del canal entierran la sardina entre los bailes, la algazara y los espantosos aullidos de los que desocupan una bota y otra de vino, devorando cabritos y jamones para cumplir así con tan carnal y pública comilona el austero precepto de vigilia ordenado por nuestra Santa Madre la Iglesia.

Y como no siempre ha de ocurrir que el escritor

ilustre á sus lectores sobre las dudas que puedan ocurrírseles; sino que muchas veces, y acaso las más (por mi parte hablo) sucede lo contrario, y hé aquí una de esas en que tenemos necesidad de averiguar de cualquiera que nos lo quiera decir: si el pueblo de Madrid es cristiano, ó si el entierro de la sardina es una funcion anti-religiosa? Para nosotros está contestada la duda en la segunda parte de la pregunta; pues de otro modo es imposible dar á esa desenfrenada funcion un origen que esté en armonía con los principios religiosos del pueblo en que se ejecuta. En Barcelona y en vários otros puntos de España se celebra tambien ese entierro, pero es en los dias de Pascua al concluir la Cuaresma: cosa que se comprende lo mismo que si en el Miércoles de Ceniza se enterrase un pavo, y áun esas funciones serian más propias antiguamente en que se acostumbraba á no comer otra cosa que pescados en los cuarenta dias que dura el reinado de la escuálida *jamona*. Y subrayo esta palabra para que sepan ustedes que la pongo con intencion, y la pongo con intencion porque tiene su busílis; y tiene su busílis porque hay en ella más de lo que parece; y hay en ella más de lo que parece porque yo me entiendo y Dios me entiende.... y trato ahora de que ustedes me entiendan.

Llamo *jamona* á la Cuaresma, á despecho de los salmones y los atunes, porque no es mujer ni hembra, pero es femenina y raya en los cuarenta.... y no digo más, porque al buen entendedor, etc.

Pero conozco que me he detenido demasiado

en indagar el origen de una funcion popular, de que yá hablé en otra ocasion, que como la mayor parte de ellas son hijas de un acontecimiento cualquiera, y en pasando algunos años se desfiguran de tal modo que yá no cumplen en nada con el objeto de su institucion. El pueblo se divierte con esas bromas y es muy aficionado á obrar por costumbre (cosa que le aplaudo); porque como dicen en general (y se ahorran muchos malos ratos): *Dónde vas Clemente?—Donde va la gente.*

Yo creo en todo á puño cerrado, con una fé más grande que el santo carbonero de la sagrada Escritura, y concluyo (aquí de la instruccion) con las palabras que un hijo de Mahoma, usó al hablar del Carnaval cristiano: *Todos se vuelven locos por tres dias y recobran el juicio al cuarto con un polvo de ceniza en la frente.*

EL BAILE DE PIÑATA

— Cuándo se cierra el despacho de billetes?

— Cuando salga el último aficionado.

Á ese! señores moralistas; á ese sí que deben Vds. enseñarle los dientes, y hablarle gordo; á ese sí, que no á los bailes del Carnaval, porque al fin y al cabo, cada cosa en su tiempo, y no se ha visto nunca que la Cuaresma nos regale un manojito de es-

pinacas en Carnestolendas. Los cocineros del ambigú, han querido engañarnos, y lo han hecho, al darnos cola de boca por gelatina, y guisantes con jamon en vez de jamon con guisantes; pero jamás se han atrevido á adulterar la carne con acelgas.... porque al fin y al cabo, cada cosa en su tiempo, y en Cuaresma ayunos. Hablo, señores, de esa invasion brusca que hace la careta en el pacífico reinado de la penitente dueña; de esa familiaridad con que se posesiona del primer Domingo de Cuaresma, so pretesto de que es una broma y de que no es baile de máscaras, sino de piñata. Yo espero que el tiempo irá borrando hasta la memoria de semejante desacato, y lo espero tanto más cuanto que nunca han adjudicado la piñata al número de mi billete.

La *piñata*, era en su origen una diversion *sui generis* (de mal género) que consistia en reunirse media docena de familias, gente de casa, hacer un globito de papel, llenarle de dulces y pájaros y romperle para cuya última operacion, vendaban los ojos á la jóven más decidida; si esta no atinaba á otra; é idem, idem, con todas las presentes, comíanse los dulces en buena paz, ántes de las doce para no quebrantar el ayuno del Lunes, y á poco rato se disolvía la reunion. Aún hoy se usa esa cándida diversion en várias casas particulares; pero los bailes públicos han reducido la diversion de este dia á una especulacion en extremo lucrativa para las empresas: cuando no hay rifa en los bailes suelen asistir 500 personas; á 20 rs. son 10,000; cuando se sortea una cosa cualquiera que vale 7,000 rs. se venden

5,000 billetes que son 100,000 rs., conque deduzcan Vds. las ventajas.

Pero el baile de Piñata no es un baile de máscaras, es una especulación mercantil; es una lotería extraordinaria; es un tormento para los aficionados legítimos á la careta, un pretexto para los *vergonzantes*, que dicen: «he venido aquí por la rifa: como si no se pudiera tomar un billete y estarse en su casa; ni más ni ménos que yo pudiera continuar este artículo, y sin embargo lo dejo.

Tal vez haya encontrado el lector descoloridos estos cuadros, pero como los máscaras van estando cada vez más pálidas, sería una falta imperdonable que yo me diese á despertar la afición con mis artículos.

TUDO MADRID EN SAN ISIDRO

Que entrase la parte en el todo, ni tendría gracia ni novedad, porque todo el mundo lo sabe así; ménos los valencianos que comen *cordero* EN *tomate* y van á *paseo* EN *sombrero*; sin dejar por eso de tener esperanza con Dios.... en que nadie entienda esa confusión de preposiciones; que la parte fuese mayor que el todo, sería cosa de ver y podría pasar al panteón del movimiento continuo y del punto en el espacio: pero aún eso admitía su *distingo* y su *absolute nego*, etc.; aquí lo que hace falta es que nos estrechemos todos un poco para que todos podamos estar reunidos en la pradera de S. Isidro el día 15 de Mayo. Unos por ir, otros por no dejar de ir, y yo por seguir mi costumbre de escribir las costumbres de mis conciudadanos, todos vamos allá.

Todos los cojos van á Santa Ana
 yo tambien voy con mi pata galana.
 Y como aquí no es santa que es santo
 tambien yo voy como uno de *tanto....* (*s*)
 Pero la S que se aguante
 porque en plural no es consonante.
 Y este verso que erró el camino
 puede volverse por donde vino;
 pues si le sigo haré una cosa
 que no sea ni verso ni prosa.

Hágase el milagro y hágalo
 el diablo.

Hombres quiero yo, que no principios, dicen los cosmopolitas políticos; lo que equivale á decir: vengan destinos y llámenme corregidor ó jefe político, y alcalde de casa y corte, ó juez de primera instancia tanto me dá. (Y en verdad, y entre paréntesis, os digo que si las revoluciones no han de producir más que nomenclaturas, y se ha de sacrificar una nacion porque las autoridades se llamen *así* ó *asá*, asando del mismo modo todas, no lo entiendo....) Pero... sus! señor fiscal de imprenta, no hay que saborearse con el corretaje porque yo no paso adelante.

Diviértamé yo á todas horas, que es lo que importa, y sírvame de excusa S. Juan ó la Magdalena, es igual. El corazon humano lo que quiere es broma y jarana sin que los escépticos tengan voz ni voto en este asunto. Nació el Señor, alegrémonos, resucitó el Señor, alegrémonos.... murió S. Isidro Labrador el dia 15 de Mayo de 1130, pues tengamos una ro-

mería todos los años para celebrar ese aniversario....
Pues á S. Isidro! pues á S. Isidro....

Decididos como estamos á tomar las cosas en su origen, y á seguir á los protagonistas de nuestro teatro analítico-descriptivo, desde que se empiezan á vestir en sus *camerinos*, harémos la vista gorda, que á fuer de miopes que somos, no es muy fácil, mientras el Montepío dá dinero sobre alhajas á los que han de almorzar en S. Isidro, y tomarémos la historia con diez dias de anticipacion, acompañando á los fondistas y á los confiteros á casa de su señoría, el regidor encargado de *dar los puestos* en la pradera. Este acontecimiento es más grave de lo que á primera vista parece, y en el reparto se observa un riguroso escalafon. La mayor parte de los licoristas, confiteros y demás gentes que venden sus géneros en la ermita del santo, tienen un privilegio especial para colocarse en tal ó cual sitio, privilegio que pasa de padres á hijos, inherente al establecimiento, y que se traspasa las más veces con los demás enséres de la tienda. En cualquier época del año en que se traspasa una fonda, una confitería ó una lonja de ultramarinos, se hace mencion importante de ese privilegio, y se dice: «tanto por la tienda y tanto por el puesto de S. Isidro.» Con la anticipacion que hemos dicho y con la mayor escrupulosidad se divide el terreno, se tiran líneas, se trazan cuadros, más ó ménos grandes, se reparten los puestos, y empiezan los vendedores á conducir tapices, lienzos y enseres; pero esto yá pertenece á la historia de los bastidores, y ahora nos conviene ser profanos

para no perder la ilusion cuando se descorra la cortina el dia 14 por la tarde.

Indudablemente los dias grandes se conocen por las vísperas pequeñas, y el furor gastronómico del 15 de Mayo, se advierte bien en el ayuno forzado del 14, en que no hay fonda surtida, ni confitería que no esté desmantelada, ni géneros de Ultramar en los ultramarinos, ni servicio en los cafés, ni aguadores *de agua dulce* (de botijo), ni naranjeras, ni.... nada, en fin, porque todo se ha embargado para S. Isidro.... Todo, señores, todo está en S. Isidro. Acuérdense Vds. de Lot, y escarmienten en cabeza ajena; no hay que volver la vista atrás porque Madrid está desierto, y ántes que la soledad les dé tristeza, sálganse al campo por cualquiera de las puertas ó portillos que dan al Manzanares, y si es posible, por la de Segovia; pero la de Toledo y los portillos de la Vega, S. Vicente y Gilimon, pueden servir tambien para el caso.

Allí, en aquella altura, á la orilla derecha del Manzanares, verán Vds. un punto blanco, destacado de una masa negra y compacta, que se agita en derredor suyo, como si quisiera conmooverle por sus cimientos y arrastrarle en su incesante torbellino: el fondo negro es una masa inmensa de cabezas (algunas de ellas rubias); el punto blanco que se eleva sobre ellas dirigiéndolas su voz con un esquilon desentonado, es *la ermita de S. Isidro*. El dia 14 por la tarde va mucha gente á la ermita; pero el pueblo bajo, que es el que dá entonacion á esos cuadros, no asiste ese dia, la clase media tampoco;

aquello es un paseo aristocrático. Los vendedores no hacen negocio, y nosotros no queremos alzar el telon hasta el dia del santo por la mañana; hasta entónces ni grita el confitero, ni enarbola su bandera el fondista, ni llama parroquianos el vendedor de los frasquetes, ni humean las cocinas de campaña.... ni suena, en fin, la hora del movimiento. Aquello es la cueva de S. Martin, pálida, fria, inerta, hasta que vá un charlatan á subir los fondos. Hasta que el santo *se sacude las polainas*, y es fama que lo hace todos los años, (con cuya metáfora, porque algo ha de ser, se indica la lluvia en ese dia) no hay nada bueno. Muchos pasan la noche del 14 en la ermita y otros van únicamente á ver cómo está puesto el campo, para determinar si han de ir al dia siguiente; disculpa propia de almas vergonzantes que en vez de decir:—Voy porque me gusta y volveré mañana, aunque no hago falta, dicen siempre que van por compromiso; y siguen renegando de la diversion hasta el año siguiente. Pero hay tal delirio en Madrid por esa romería que unos salen de Madrid ántes de amanecer, otros no se acuestan para ir más temprano, otros van y vienen tres ó cuatro veces al dia, y el resto se entrega allí á la comilona y á la francachela.

Dos aspectos enteramente distintos tiene la ermita el dia del santo patron; y aunque la transicion de ellos ofrece otro bastante nuevo tambien, con la ayuda del jilguerillo y del aura de Abril para el de la mañana, y con la bota y el Valdepeñas para el de la tarde, vamos á examinar los dos.

Son (eran ó serán, no sean Vds. tan materiales) las cinco de la mañana, y un viento suave sopla, soplabá ó soplaría, bajo los arcos de la puerta de Segovia, que arroja (yá me fijé en presente) inmenso gentío, como si en el casco de la poblacion se temiese algun terremoto, alguna explosion de polvorin, ó algun pronunciamiento político, que como terremotos no tienen nada que pedir. Sería una *pregunta necia* de esas que merecen *oidos sordos*, y si el refran dijese orejas, estaria bien dicho; sería, repito, tan ridículo preguntar adónde se dirige esa gente, como ignorar el camino que conduce á la ermita de S. Isidro, cuando si se descargase una botella de Leiden en la cuesta de la Vega habian de sentir la chispa eléctrica los que venden en la pradera. Y esto no lo digo por darla de físico, pues cuando mucho, probaria aficion á los juegos de manos, sino para dar una idea de la masa compacta de gentes que en ancha procesion y por distintos caminos van tomando por asalto la altura citada, donde se eleva la capilla que á expensas del marqués de Valera se fabricó en 1724 sobre las ruinas de la que se hizo en 1528 por la emperatriz doña Isabel; porque allí dió el santo con la ahijada, y brotó un manantial de agua purísima. Y para que no se me llame plagiarío, declaro que eso no es mio, sino que lo dice así la tradicion. Tres puentes de piedra, con más, los de madera que se improvisan ese dia, atraviesan el Manzanares, y saliendo por la puerta de Segovia es preciso tomar por el de ese nombre; pero para los que están en el secreto de lo que es ese rio, para los que

conocen la buena fé de sus arenas, todos son excusados. Con zapato de tela nó, pero con bota se puede atravesar impunemente el Manzanares, que como arenal, no hay nada que pedirle; pero como rio debe su fama á una docena de poetas *pagados*.... de sus orillas, que no tienen nada que envidiar á las más anchas; le sucede lo que á las mantillas de nuestras manolas, que entre las dos franjas se comen el tafetan. Pero ganemos nosotros la orilla derecha del Manzanares, y sea á pié enjuto como el ejército de Israel, aunque no haya un Moisés que nos separe el agua, y lo demás no importa; á fé á fé que para probar lo que hemos dicho basta recordar que hace años se hundió un puente de tablas, condenado desde entónces, que *al asno muerto*, etc., etc., y léjos de ahogarse ninguna de las muchas personas que cayeron al rio, todos salieron puros y limpios, ménos los que se rompieron la cabeza del golpe.

Los alquiladores de coches, tartanas, calesas, carros, y hasta de confesonarios con ruedas, desempeñan un papel muy importante en estos dias; el calesin sobre todos es el héroe de la funcion; los caleseros son los protagonistas de las fiesta. El dia 15 de Mayo no se siente la falta de caminos de hierro; cada calesin es un *vapor*; los carruajes no corren, vuelan, todos marchan unidos, y casi saltan unos sobre otros sin el menor contratiempo. Pero todos se detienen apenas pasan el rio; la tropa que está allí para cerrarles el paso no es la que los impide llegar hasta la ermita: la masa impenetrable de gente, la primer línea de los vendedores que se

atrincheran á un cuarto de legua escaso de la ermita, es el obstáculo invencible que encuentran los caleseros para seguir adelante con sus viajeros, á quienes desuellan sin piedad, y de quienes no se cuidan si les sale otro marchante para el retorno. En aquella confusion es difícil volver en el mismo coche si no se paga adelantada la vuelta; si se paga imposible; pero á nosotros no nos corre prisa volver á Madrid, y ahora sólo tratamos de ganar la cuesta para subirnos á una altura y observar desde allí el animado panorama que se desenvuelve á nuestra vista.

La capilla de S. Isidro proyecta su sombra en la pradera, y los rayos del sol que se escapan por los límites del edificio, atraviesan los líquidos de diferentes colores que de trecho en trecho se encierran en multitud de vasos cristalinos, que el vulgo llama *frasquetes del santo*: apellido que lleva cuanto allí se vende. Al pié de la ermita se abre un hondo valle de frondosa espesura, y el astro del dia, que difícilmente penetra por el lustroso follaje de los arbustos, ilumina con graciosa coquetería diferentes familias improvisadas ó legítimas, que tendidas sobre la verde yerba se disponen á almorzar, ó á disponer el almuerzo. Las alturas de este delicioso valle están coronadas por las tapias exteriores de un cementerio, y el eco sordo de las campanas que repican en la ermita, la algazara de los que venden, y el sordo rumor de los que compran, no deja oír la sarcástica plegaria del numeroso gentío que invade la santa morada de los que dejaron de existir, leyendo con estúpida carcajada y lúbricos aullidos los

elocuentes epitafios de aquellos sepulcros. Únicos testigos de que los que allí moran fueron ayer lo que hoy son, los que serán mañana con ellos en la silenciosa mansion de los muertos.

Á nosotros nos ha estremecido siempre tan insolente contraste y no hemos podido evitarnos la amarga reflexion que acabamos de hacer. Quisiéramos por lo tanto que en ese dia de pura bacanal y estrepitosa orgía, no estuviese franca la entrada del campo santo; quisiéramos que no se turbase el silencio de sus moradores, que se les dejase descansar en paz en su último asilo. Pero todo eso lo deseamos allí; aquí queremos continuar nuestra fiesta, separándonos todo lo posible de la mansion del silencio. Y ántes de alejarnos de la capilla nos llegaremos á beber el agua del pozo del santo con toda la fé que inspira la siguiente décima, que está grabada sobre el pilon, aunque escrita como verán nuestros lectores:

Oh ahijada tan divina, que segun la historia enseña,
sacastes agua de peña, prodigiosa y cristalina;
tu (1) labio al raudal inclina y bebe de su dulzura
que S. Isidro asegura, que sí con fé la bebieres
y calentura trajeres, volverás sin calentura.

Entronizados de nuevo en la montaña más
elevada de aquel lugar, y bajo el cielo azul y siem-

(1) Si es la fuente la que aplica el labio, ¿quién es el que se cura de la fiebre?